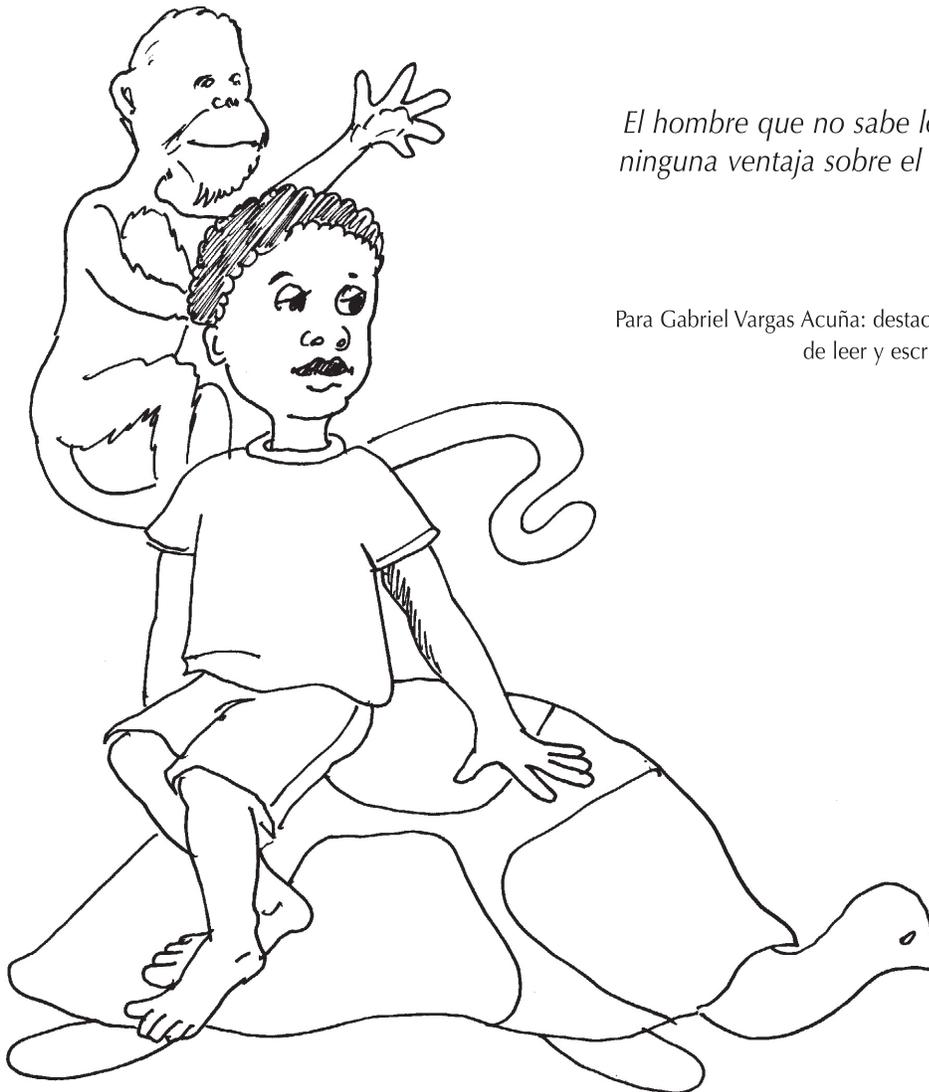


Cocorí, *de discriminante a discriminado*

Víctor Valembois
valembo@racsa.co.cr



El hombre que no sabe leer buenos libros no tiene ninguna ventaja sobre el hombre que no sabe leer.

Mark Twain

Para Gabriel Vargas Acuña: destacado ex-alumno, experto en el arte de leer y escribir sobre la técnica, ¡con técnica!

Resumen

Este artículo reivindica el valor artístico, local y universal del clásico escrito por Joaquín Gutiérrez, puesto en duda por un grupo de lectores que, por lo visto son precisamente los que discrimina en vez de que la obra, como tal lo haga. Por ello, se insiste en la frescura primigenia del relato y la necesidad de leer tomando en cuenta lo anterior.

1. HITLER ERA BUEN LECTOR, PERO...

He vuelto a **Cocorí**, desde mi perspectiva de lector y desde la del protagonista, que dio título a la novelita. Me gustó mucho. Es como **El principito** local, con hermosura breve, doblemente bueno según el dicho clásico¹, con su personaje infantil, con su estilo de moraleja nada pesada, para grandes y chicos. He disfrutado la obra como estructura. Desde el principio hasta el fin hay una línea conductora: el niño busca respuesta a su pregunta. He apreciado el estilo tan sencillo, popular, nada vulgar de expresarse: el relato es típico, local-atlántico, pero al mismo tiempo tan transferible a otros entornos y épocas: es universal. Con razón se ha traducido a tantos idiomas, porque se presta, con engañadora sencillez².

Esta vez, no sé por qué duende que me asistió, me llamaron la atención varias líneas que quizá no había valorado suficientemente antes. Aprecio en primer lugar la integración hombre-naturaleza. Prevalece una visión antropomórfica, como cuando "los violines de los gorriones, el oboe del ruiseñor, la lira de los canarios y los yigüirros acompañaban la melodía"³. El texto se encuentra salpicado de este tipo de interferencias. En seguida, me maravilló el ágil juego entre realidad y apariencia, desde el inicio, cuando el negrito se mira en el agua, cosa que se mantiene, con la ilusión de que volverá a ver a la niña y sabrá por qué la rosa tiene tan corta vida. Ese es precisamente el tercer tópico: lo relativo, del tiempo y de la misma felicidad, cosa que en este relato tropical tiene resonancias desde tiempos clásicas, europeas, pasando entre otros por Ronsard y Quevedo⁴, quienes cantaron la brevedad de la rosa, justamente también en comparación con la vida.

Pero aquí no pretendo un análisis

exhaustivo, sino abordar el asunto del racismo. Mi punto es muy sencillo: hay captación de lo distinto, sensibilidad para las razas si se quiere, pero no hay racismo. No confundamos ambas categorías. Me explico: Cocorí se descubre a sí mismo como o de "raza negra". Sí, utilizo el término, sin evasivas. Yo sé muy bien que no solo el racismo está proscrito sino que es peligroso utilizar hasta el término "raza". Pero no le tengamos miedo ni a las diferencias, evidentes, ni a su concomitante y necesaria expresión verbal. Otra cosa es la jerarquía entre esos grupos humanos. Por su reflejo en el agua Cocorí se descubre a sí mismo como "moreno" (como ahora suelen decir con prudencia); en seguida, el narrador avisa que en un barco vienen "hombres rubios". En el descubrimiento del "otro" dos personajes cometen errores: "miren se le está quemando el pelo", observa el negrito respecto de alguien de raza blanca y una niña de ese grupo interpreta que Cocorí "está todo tiznado" y que "no le sale el hollín" (p. 14, para ambos casos).

Entre los dos prevalece la voluntad de conocerse y hasta se intercambian regalos. Aceptamos de buen grado que don Joaquín los suponen hablando el mismo idioma. Todo el resto del relato está armado sobre el hecho de que ella le regaló una rosa y él se compromete a regalarle un monito. De manera que por desconocimiento mutuo, los dos cometen errores de apreciación, pero NO prevalece entre ellos ninguna intención de herir ni de degradar. Hay diferencia, y hasta mutuo deferencia, pero nada de discriminación. Eso es todo. Lo demás es invento y ganas de ver, ahora sí, con ojos de racismo. La mamá de Cocorí se percibe a sí misma como "negra tonta", pero nadie está afirmando que todos los negros lo son o que todos los blancos son inteligentes. Lo mis-

mo que la niña rubia acepta de buen grado el caracol que el negrito le ofrece, éste aprecia la flor distinta a las que conocía hasta ahora, que ella le da. Por cierto, parte de lo encantador es que permanecen ciertos misterios: Cocorí no sabe ni el nombre de su interlocutora, por lo que como es natural o en todo caso frecuente, recurre a rasgos de identificación física, sin maldad. El narrador no es tan intruso como para imponer el conocimiento del nombre; por otro lado, a como la niña se había caracterizado por su ingenuidad respecto del mundo del otro, igual, Cocorí opina que "en el país de los hombres rubios las niñas y las flores son iguales" (p. 16).

El autor y el narrador simplemente partieron del contexto limonense, una realidad racialmente variopinta, e inevitablemente tienen un ángulo desde el cual miran, porque no existe la neutralidad en ese campo ni tampoco en la lengua que utilizan como instrumento. Nadie discute que Joaquín Gutiérrez parte de una perspectiva de hombre blanco y que utiliza el español, una lengua "prestada" (en terminología de Carpentier), hecha desde una perspectiva de blancos. Pero no es eso lo importante. Valoremos en cambio que ya en 1947, Gutiérrez pone la zona atlántica, tan rica hasta en tipología humana, en el mapa costarricense. Nos deleita con el encuentro fresco y puro de dos seres humanos que, por suerte no son fotocopias uno de otro. Felizmente tienen diferencias de piel, de anatomía y de conocimientos previos del "otro", pero por lo demás no tienen ni el menor propósito de ofender ni de degradar al otro, tampoco ninguno de los dos se siente ofendido, ni mucho menos por las apreciaciones equivocadas de la otra parte. ¿Entonces? Así como Negroponte niega que las computadoras sean máquinas inteligentes, sino que "la inteligencia está

en el receptor”, aplico: el racismo no se encuentra en el relato, sino eventualmente en el lector. Pero de eso no tiene la culpa el finado Gutiérrez. Ajeno al pleito que se le fue incubando por años ya, este descansa desde el año 2000.

Sinceramente, me da miedo esa espiral de violencia que se genera para proteger a los desprotegidos. A esos defensores de los Derechos Humanos de todos y de todas, que atacan a ultranza a Cocorí y a su progenitor, los encuentro bastante intransigentes y hasta intolerantes.... En esa guerra santa, son capaces de quemar al pobre negrito y a don Joaquín. Pero hay antecedentes: desde el poder, era lógico para Platón recomendar el ostracismo para el mismo Homero. Y más cerca, Hitler un ávido devorador de libros, con 15.000 volúmenes en su biblioteca personal,... en realidad

no sabía leer en profundidad, con criticidad. La “solución final” que ese caudillo alemán aplicó respecto de los judíos, eso sí que fue racismo, “apartheid” y todo lo demás. No es que Cocorí discrimina, sino al revés que resulta discriminado. **Cocorí** ha sido serruchado⁵.

2. HACIÉNDOLE CASO A OSCAR WILDE

El problema central es entonces no el de saber leer (en el sentido mecánico de deletrear), sino practicarlo, en el sentido original de separar significados, entender. Para su creación artística, Joaquín Gutiérrez, originario y buen conocedor de Limón, en la Costa Atlántica de Costa Rica, parte de la realidad: un lugar donde conviven negros y blancos y donde, cómo no, puede que haya recelo y por des-

gracia hasta racismo, como entre cualquier grupo humano. El no niega eso y hasta lo utiliza artísticamente. De hecho, como en todo encuentro, prevalecen juicios previos, incluyendo prejuicios y hasta estereotipos. Tampoco el autor va a negar ni edulcorar esa base. En la parte donde Cocorí se topa con el Negro Cantor, mamá Drusila opina que ese músico “era un vagabundo” (la escena pasa entre pp. 26 y 27). Sería apresurado crucificar por ello al narrador y al autor por racistas. Esta idea errónea de confundir a artistas con ociosos existe en cualquier “raza” y forma por de pronto el eje fundador del maravilloso cuento “El targuá” de Fabián Dobles.

Pobre don Joaquín, él con un carácter tan fuerte pero también con un exquisito humor. Artista como era y es, estimo que hizo mal en prestarle atención siquiera a las insinuaciones



de los que, por falta de seguridad y hasta de identidad personal y colectiva, siempre ven amenazas y malas intenciones donde no las hay, frente a las cuales, entonces, recurren a la herramienta que ya denunció Yolanda Oreamuno (y de la que ella también fue víctima): el serrucho. En este momento no me acuerdo si su "Federico" es blanco o negro (me refiero a otro título de él) pero "leo", tanto en la novela y como en la obra de teatro, un fuerte soplo de humanidad, expresado con arte. Lo demás son ganas de bajar el piso, suavemente, como se practica en el medio.

Pobre don Joaquín, ¡a él con eufemismos y evasivas⁶, no! Su obra se gestó en 1947, y en el casi medio siglo que ha pasado, en nombre de lo "políticamente correcto", muchos sectores se han refugiado en medias tintas y franca hipocresía. Si como señalé la relatividad del paso del tiempo (para la gente, para la rosa efímera y para ciertos animales longevos), constituye uno de los ejes de la obrita, desde luego Cocorí comete un error "diplomático" al inquirir donde el caimán sobre la bendita flor. Ingenuo, pero auténtico, ¡un niño, simplemente un niño!, se dirige al animal longevo así: "quería dirigirme a usted porque sé que siendo tan viejo sabrá todas las respuestas" (p. 47).



Lo que en opinión del crío era una captación de benevolencia de su interlocutor, para el pájaro (como muchos de nosotros, deformados por la sociedad) era un atrevimiento, un insulto ("Por Dios, llamarlo viejo de buenas a primeras!" y "viejo chocho", p. 47 y 50). Nuevamente, leamos bien: si el caimán después pretende agredir al pobre Cocorí, no es porque lo trataron de viejo, cosa relativa y que para él constituye una calidad, sino porque se sentía degradado al compararlo Cocorí con una flor, objeto de admiración del mocoso, pero "algo tan insignificante" para el caimán, en la medida en que "no se puede comer" (p. 48).

Llamemos a las cosas con su nombre. Combatamos juntos la discriminación y el racismo, pero no veamos fantasmas y nubes "negras" donde no los hay. ¡Ah... y perdón a las nubes y a los negros de Limón por ponerlos en un mismo saco lingüístico. Desde luego, hay que crucificar al periodista Manuel Bermúdez por ignorante imperdonable y miserable racista, al titular su excelente resumen de una polémica con el sugerente y polisémico título de "Cocorí o el anhelo de una rosa negra"⁷. Veamos las cosas, incluyendo el arte, con frescura, como lo hacían don Joaquín y Oscar Wilde, a quien al autor costarricense le faltó tiempo para verterlo tan magistralmente al castellano. Observemos la realidad con el distanciamiento irónico que también el autor inglés manejaba a la perfección, cuando, en un artículo "hay que leer o no leer", propone jocosamente confeccionar una lista de los "Cien peores libros"⁸. Con esa "progresista" y "civilizada" manía del eufemismo y la evasiva, pongamos de una vez en ese índice de libros condenados no solo a Gutiérrez, sino al mismo Cervantes, por ridiculizar a un "minusválido mental"; también, entre otros, a Hemingway, primero

por haberse pegado un tiro y segundo porque bien podía haber escrito un libro con el título, más prudente de "El adulto mayor y el mar"⁹. Oscar Wilde sufrió en carne propia los prejuicios de los interesados en confundir categorías; por lo menos a don Joaquín no le tocó tanto de la misma "medicina". ¡Ah! y quizá convendría confeccionar además una lista de los cien peores lectores. Volviendo al Marc Twain del epígrafe: sepamos leer, sepamos leer bien, sepamos leer buenos libros.

BIBLIOGRAFÍA

- Duncan, Q. y otros. (1987) "Visión Panorámica de la Narrativa Costarricense: una lectura histórico social". En **Revista Iberoamericana**, No. 138-139 España y Estados Unidos.
- Durán, Ayanegui F. (2003) "Aria tribus locuta", **La Nación**, 6 de mayo.
- Bermúdez, M. (2003) "Cocorí o el anhelo de una rosa negra", en *Ancora*, de **La Nación** 11 de mayo.
- Valembois, V. (2003) "Serruchar libros (y de paso, personas)", **Semanario Universidad**, UCR, a fines del mes de mayo.

NOTAS

- 1 "Lo bueno si breve, dos veces bueno".
- 2 Cuando yo era profesor de francés en la Universidad Nacional, Heredia, entre todos hemos traducido casi todo el librito: no fue empresa fácil, primero porque ninguna traducción literaria lo es, segundo, porque dentro de su sencillez, el léxico presenta trampitas.
- 3 Refiero a partir de la excelente edición de la Editorial Legado, tercera reimpression, 2000, p. 27.
- 4 No está excluido que Francisco de Quevedo (1580-1645), poeta español del que el libro contiene un epígrafe sobre la brevedad de la rosa y de la vida, se hay inspirado en Pierre de Ronsard

(1524-85), poeta francés que en sus **Sonetos para Helena**, de 1578, escribió un inmortal soneto con el mismo tema. Por lo demás, los parecen remontar a la misma idea del "Carpe diem", coseche el día, de Horacio, poeta latino del siglo antes de Cristo.

5 Ver un aporte mío, con esa idea, en el **Semanario Universidad**, UCR, a fines del mes de mayo del 2003.

6 Se podría hasta inventar la categoría mixta de los (o las, para no ofender a nadie, ...) "eufasivos", una mezcla de eufemismo y de evasión que se practica, aquí y ahora. A título anecdótico y reflejo de su espíritu irónico, recuerdo que don Joaquín, en privado, no diferenciaba entre masculino femenino, sino entre

"más culonas" y "menos culones".

7 En *Áncora*, el suplemento cultural de **La Nación** del domingo 11 de mayo del 2003, salió un valioso artículo acerca de la tempestad en un vaso de agua que en la aldea costarricense se generó, porque algunos organismos pidieron eliminar **Cocorí** del programa de educación local, por presunción "racista", a lo cual, salomónicamente, el Ministerio de Educación accedió poniendo el libro ya no como lectura obligatoria, sino optativa. Entre las aguas tibias en que nos movemos, se trata ni más ni menos, de otra elegante y progresiva serruchada de piso.

8 Ensayo menor en un libro de la "Biblioteca personal de Jorge Luis Borges",

editorial Hyspamerica, Buenos Aires, Argentina, 1985.

9 En un número anterior de *Áncora*, el columnista Gerardo Bolaños ya proponía sarcásticamente ese método hiper-correcto...

